

ALAN HLAD

La libélula



La fascinante novela
sobre la mujer que desafió
el régimen de Hitler.




ESPASA

ALAN HLAD
LA LIBÉLULA

Traducción de Milo J. Krmpotić



Título original: *Churchill's Secret Messenger*

© Alan Hlad, 2021

First Published by Kensington Publishing Corp.

Translation rights arranged by Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

All rights reserved

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-670-7465-9

Depósito legal: B. 12.077-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

LONDRES, INGLATERRA

12 DE FEBRERO DE 1941

En el día centésimo quincuagésimo noveno del bombardeo del Reino Unido por parte de Hitler, Rose Teasdale estaba mecanografiando una carta en el Despacho 60 de las salas del gabinete de guerra de Winston Churchill. De su máquina de escribir Remington Noiseless brotaba el suave tamborileo de las teclas al golpear la cinta de tela entintada. Las mecanógrafas apretaban la palanca de retorno de carro sin que sus ojos abandonaran las notas manuscritas. El personal administrativo —que se apiñaba en el interior del búnker de mampostería junto con varias telefonistas— se dedicaba a redactar los documentos que había generado aquella tarde frenética de reuniones de gabinete.

—Uno de tus informes nos ayudará a alcanzar la victoria —le dijo Rose en un susurro a Lucy, la joven mecanógrafa con gafas que se sentaba a su lado.

Con los hombros hundidos por el cansancio, Lucy le sonrió y aumentó el ritmo de palabras por minuto.

El Despacho 60, un búnker de algo menos de cuarenta metros cuadrados en las profundidades del edificio del Tesoro en Westminster, era una de las diversas habitaciones que componían las salas del gabinete de guerra de Churchill. En vez de albergar a oficiales militares, el Despacho 60 estaba compuesto por mujeres civiles. Siete telefonistas con auriculares se sentaban en taburetes giratorios como de bar, de espaldas a las mecanógrafas, y se dedicaban a enchufar conectores de cordón en el

muro de una centralita. El resto del espacio lo ocupaban diversas mecanógrafas sentadas ante pequeños escritorios de madera. Las mujeres estaban apretadas, pero a Rose, una joven menueta de veintidós años de edad y 1,52 de altura, no le importaba el hacinamiento. A diferencia de las demás, que eran mucho más altas, ella tenía unas piernas cortas que cabían a la perfección debajo del escritorio.

Algunas de las mecanógrafas, incluida Rose, provenían de la escuela londinense de secretariado de la señora Hoster, que tenía una reputación excelente a la hora de formar asistentes fiables. Y Rose pensaba que, con toda probabilidad, esa formación había tenido bastante que ver con la rapidez con la que había accedido al Despacho 60. Ella no se había propuesto comenzar a trabajar en el corazón del mando militar británico. Pero el mes de septiembre anterior, cuando Hitler inició la campaña de bombardeos aéreos sobre Londres, Rose —que ejercía de secretaria en el edificio del Tesoro— recibió una autorización de seguridad y, después de que un guardia militar la condujera al sótano del edificio, se le asignó una nueva labor: la de mecanógrafa de las salas del gabinete de guerra.

Los primeros días de trabajo resultaron desconcertantes. La cercanía del primer ministro y de los altos mandos la ponía de los nervios, la llevaba a cometer errores, y una vez llegó a volcar una taza de té tibio sobre el documento que acababa de redactar. El aroma a quemado de los puros de Churchill, que perduraba en el aire estancado de aquel sótano, le producía ardor de estómago. Para empeorar las cosas, las incursiones aéreas de la Luftwaffe que tenían lugar casi cada noche habían obligado a muchos londinenses a dormir en los refugios. Así que, cuando no estaba durmiendo entre un turno y otro en el subsótano que había debajo de las salas de guerra, al que la gente se refería a menudo como «el muelle», Rose pasaba sus noches con sus padres en la estación de metro de Bethnal Green mientras las bombas caían sobre Londres.

Con el transcurso de los días, se fue acostumbrando al proceder brusco de Churchill y su equipo. «Su fortaleza nos ayudará a sobrevivir», se dijo a sí misma mientras redactaba un informe

confidencial sobre las localizaciones en las que Hitler podría iniciar la invasión terrestre del Reino Unido. La idea de que los nazis pudieran desfilar por Londres le provocaba escalofríos. Como la mayoría de sus vecinos, Rose se obligaba a seguir adelante pese a las pérdidas humanas y aquella destrucción espantosa. Pero el origen de su capacidad de resistencia tenía también una motivación externa. Lo alimentaba, según pensaba ella, la desaparición de Charlie, su único hermano.

Charlie había muerto el mes de agosto anterior, cuando su Spitfire de la RAF, la Real Fuerza Aérea, fue derribado sobre el canal de la Mancha. No se llegó a recuperar su cuerpo y Rose rezaba por que hubiera muerto con rapidez y sin sufrir. Junto con sus padres, Emilienne y Herbert, la joven quedó desconsolada. Estaba prohibido exhibir retratos familiares en los escritorios, así que conservaba una fotografía de la infancia de Charlie, un muchacho de pelo rizado con hoyuelos en las mejillas y una sonrisa contagiosa, en el cajón superior de la mesa. Aquella foto había sido tomada en la casa de sus abuelos en Francia, donde Rose y Charlie pasaban las vacaciones de verano. Cuando se sentía triste o agotada, cosa que sucedía con mucha mayor asiduidad de lo que le habría gustado admitir, abría el cajón para ver a Charlie. «Te echo muchísimo de menos», solía decir para sí misma. Y, después de cerrar el cajón, se ponía a teclear de nuevo, más decidida que nunca a cumplir con su labor para contribuir a la supervivencia del Reino Unido.

Estaba colocando una hoja nueva para carta en la máquina de escribir cuando oyó acercarse por el pasillo el taconeo de unos zapatos femeninos.

—Gwyneth tiene amigdalitis —anunció una mujer de mediana edad después de entrar en la habitación—. Necesitamos una mecanógrafa que realice un turno de veinticuatro horas.

Rose levantó la mirada. Junto a la puerta estaba Gladys Goswick, la supervisora del personal de secretaría, que llevaba puesta una falda de lana de color verde oliva y una chaqueta a juego.

Las mujeres detuvieron su labor y dejaron descansar las manos a los lados de sus máquinas de escribir. Al tener las orejas

tapadas con los auriculares, algunas de las operadoras de la centralita no habían reparado en la presencia de Goswick y siguieron enchufando los conectores a la centralita.

—¿Lucy? —Goswick clavó la mirada en la de la joven.

Esta asintió con la cabeza y acto seguido la bajó.

Las mecanógrafas tenían poco o nada que decir acerca de sus horarios. Cuando era necesario hacer horas extras, o cuando alguna llamaba para decir que estaba enferma, las escogían de manera aleatoria para doblar el turno. Goswick tenía fama de ser una supervisora justa pero, a diferencia de Rose, que consideraba que había que esforzarse por conocer mejor a las compañeras de trabajo, rara vez trataba temas personales con ellas. Y, porque durante las pausas se juntaba con otras mujeres en la cafetería del edificio del Tesoro, Rose sabía que Lucy tenía planeado pasar la tarde con Jonathan, su novio, un bombero al que le habían dado su primera noche libre en más de dos semanas.

La supervisora había comenzado a volverse cuando Rose la interrumpió.

—Señorita Goswick...

La mujer se detuvo, puso los brazos en jarras.

—¿Le parece bien si me quedo trabajando esta tarde en lugar de Lucy?

A la aludida se le desorbitaron los ojos.

—Me gustaría acabar unos informes —dijo Rose señalando una pila de papel—. No estoy cansada, y creo que podría sacar adelante una buena cantidad de trabajo —añadió con la esperanza de que la supervisora no reparara en sus ojeras.

Goswick asintió con la cabeza y salió de la habitación.

—Gracias, Rose —dijo Lucy inclinándose hacia ella—. Te prometo que te lo compensaré.

—No hace falta —contestó ella—. Disfruta de la velada con Jonathan.

Lucy y Jonathan, un hombre que arriesgaba la vida para salvar a los habitantes de Londres de los incendios y los edificios derrumbados, llevaban más de un año saliendo, y Rose sospechaba que acabarían por casarse. Ella tenía la esperanza de encontrar algún día a alguien con quien le apeteciera compartir su

tiempo, pero a causa de la guerra había tenido que suspender esos afanes personales. Y, después de la muerte de su hermano, había preferido esconderse en el trabajo.

Durante el descanso, se dirigió a una cabina pública de teléfono que se encontraba junto al edificio del Tesoro. Las mecanógrafas no tenían permiso para usar los teléfonos de las salas del gabinete de guerra, que se dedicaban en exclusiva a los asuntos oficiales del gobierno, así que subió la escalera, pasó por el control de seguridad y se dirigió hacia el final de la calle. Entró en la cabina, levantó el auricular, metió una moneda y llamó a sus padres.

—Colmado Teasdale —dijo su padre, de manera bastante abrupta.

—Hola, papá.

—Rose... —respondió él con un tono más alegre—. ¿Va todo bien?

—Voy a hacer un turno extra —explicó ella—. Llegaré a casa por la mañana.

—Anímate. Churchill te necesita y estoy seguro de que estás haciendo una labor excelente, de otro modo no te pediría que trabajases tanto.

«Me he presentado voluntaria.»

—Churchill tiene sus propios asistentes personales —repuso Rose—. Yo no soy más que una funcionaria mecanógrafa.

—Nos estás ayudando a ganar esta maldita guerra.

A la joven se le hinchó el pecho de confianza en sí misma. «Siempre consigues que me sienta intrépida.»

—¡Esas naranjas son para los niños! —espetó su padre.

Rose apartó el auricular de la oreja. Visualizó el cartel que su madre había hecho y colocado al lado de una pequeña cesta de naranjas, un cargamento raro procedente de Estados Unidos. El consumo de naranjas estaba limitado a los niños. Sus padres detestaban el racionamiento, pero seguían de manera estricta el protocolo gubernamental sobre los comestibles.

—Perdona —dijo Herbert—. Los malditos clientes no hacen más que ignorar el cartel de las naranjas.

—No pasa nada.

—¿Qué te parece si os preparo a ti y a tu madre unos huevos con pan frito para desayunar?

—Eso sería genial —contestó Rose.

—¿Quieres hablar con tu madre?

—Si está por ahí...

—¡Emilienne! —llamó Herbert—. ¡Es Rose!

Mientras esperaba a que su madre se acercara al teléfono, pensó en sus padres. Durante la Gran Guerra, Herbert había estado en la infantería británica, destinado en el frente occidental. Emilienne, una costurera de París, se había presentado voluntaria como enfermera de las tropas francesas. Se conocieron, se enamoraron y se mudaron a Londres después de la guerra. Pese a lo mal que estaba la situación en la ciudad, Rose se sentía afortunada por el hecho de que sus padres hubieran elegido vivir en el Reino Unido y no en Francia, donde en esos momentos se encontrarían bajo la ocupación nazi.

—*Bonjour, ma chérie* —dijo Emilienne al ponerse al teléfono.

—*Bonjour*, mamá.

—¿Te vas a quedar trabajando hasta tarde otra vez? —preguntó la mujer.

—Sí —afirmó Rose, un tanto decepcionada por que su madre no hubiera seguido usando el francés en la conversación.

—Trabajas demasiado.

«Tú también», pensó ella. Cuando su madre no estaba en el colmado, se ganaba un dinero extra aceptando encargos como costurera, que completaba durante las noches en el refugio antiaéreo.

—¿Qué tal tienes la espalda?

—Contracturada —contestó Emilienne.

—El suelo de cemento de la estación de metro es malo para tu columna —dijo Rose—. Llévate unas mantas de más al refugio. Y usa la almohada de mi cama. Es blanda. Te la puedes poner debajo de la espalda.

—De acuerdo —respondió Emilienne con un tono agradecido por la preocupación de su hija.

Rose siguió hablando con su madre unos minutos más, evitando los temas que pudieran recordarle la muerte de Charlie. Habían pasado varios meses desde el funeral, pero en su voz

seguía incrustado el timbre de la pena. Y Rose se preguntaba si esa aflicción llegaría a desaparecer algún día.

—Intenta descansar un poco esta noche —le pidió Emilienne.

—Tú también —dijo ella antes de salir de la cabina.

El sol había desaparecido detrás de un edificio y la calle se había sumido en la oscuridad. El descenso de la temperatura la llevó a meter las manos en los bolsillos del abrigo. Las tiendas estaban cerrando y las aceras empezaban a llenarse de gente que iba camino de los refugios. «¿Se detendrá algún día la Luftwaffe?» Mientras descendía los diez metros de escalera bajo vigilancia militar hasta el sótano del edificio del Tesoro, se preguntó si el búnker de la sala de guerra podría soportar el impacto directo de una bomba. Se estremeció y sacudió la cabeza para apartar aquella idea de la mente.

Regresó al Despacho 60, donde la mayoría de las mujeres ya se habían marchado a casa. El personal de aquella noche constaba de dos mecanógrafas, contando a Rose, y tres operadoras para la centralita. A las dos horas de empezar el turno, las luces de la centralita se pusieron a parpadear. Las operadoras introdujeron las clavijas en las tomas, conectando llamadas. «Han avistado a la Luftwaffe sobre el canal.» Rose pasó a teclear con mayor rapidez. Las alarmas antiaéreas comenzaron a sonar con un aullido espantoso y amortiguado —que llegó incluso a las profundidades del edificio— y la joven notó que se le erizaba la piel de los brazos. Quince minutos más tarde, las sirenas se detuvieron. Bajo el tamborileo de los golpes de sus teclas, Rose oyó el retumbar apagado de las bombas que estallaban por la ciudad. Empujó la palanca de retorno de carro de su máquina de escribir. «Que Dios nos ayude.»

Un movimiento en el pasillo la llevó a levantar la vista. Dos mandos del ejército, a quienes reconoció como el general Ismay y el comandante Thompson, entraron en la habitación camino de la sala de mapas. Unos pasos resonaron en el corredor. Se oyó un portazo. Las operadoras de la centralita pasaron a responder llamadas y enchufar las clavijas en el laberinto de circuitos. A Rose se le aceleró la respiración. Sacó un documento acabado de la máquina y grapó un informe.

El ataque de la Luftwaffe duró hasta bien pasada la medianoche. A la 1.34 sonó la señal del fin de la alerta. Las mujeres del Despacho 60, a excepción de Rose y de una operadora de treinta y un años llamada Margaret, se fueron al muelle para descansar unos minutos. Margaret se encargó de las llamadas que iban llegando de manera regular a la centralita y Rose acabó de trabajar en un informe. En un esfuerzo por mantenerse alerta, dejó de teclear y abrió el cajón del escritorio.

—Hemos superado otro bombardeo, Charlie —dijo mirando hacia el interior del cajón.

—¿Con quién habla? —le preguntó una voz grave.

Rose levantó la vista. En la puerta se encontraba Winston Churchill, el primer ministro, que llevaba puesto un abrigo oscuro de lana y un sombrero de fieltro con el borde curvo. Sujetaba entre las muelas un puro a medio fumar, por lo que su carrillo izquierdo parecía hinchado. A Rose se le aceleró el corazón. Le echó un vistazo a Margaret, que estaba contestando a una llamada entrante. Cansada e incapaz de pensar en una excusa por la que podría haber estado hablando consigo misma, la muchacha se puso en pie —la silla arañó el suelo— y respondió:

—Con una foto de mi hermano, señor.

Churchill le dio una calada al puro, lo que hizo brillar la punta de este, y a continuación entró en la estancia.

A Rose le temblaron las rodillas. Tuvo que aferrarse al escritorio con las manos. Churchill nunca había entrado en el Despacho 60 mientras ella estaba trabajando y sus asesores rara vez lo visitaban, si es que lo habían hecho alguna vez. Aunque las mecanógrafas producían montañas de documentos para su personal, ese trabajo —tanto los encargos como los documentos acabados— pasaba por Gladys Goswick, la supervisora. La interacción directa entre las civiles y los asesores de Churchill estaba estrictamente limitada por el protocolo.

—¿Puedo? —dijo él acercándose mientras hacía un gesto en dirección al cajón abierto.

Ella asintió con la cabeza.

Churchill miró la fotografía.

—Es mi hermano Charlie, cuando era pequeño. No nos dejan

poner fotos encima del escritorio, así que la guardo en el cajón. —Tomó aliento de forma entrecortada y le llegó el aroma a tabaco quemado—. Murió en agosto, cuando derribaron su avión sobre el canal.

Churchill levantó la cabeza.

—¿Cómo se llama usted?

—Rose Teasdale, señor.

El corazón le martilleaba en el pecho.

—Señorita Teasdale —dijo Churchill—, lamento profundamente la muerte de su hermano. El valor que demostró para proteger a esta isla de la tiranía nazi vivirá para siempre en los corazones de nuestra gente. —Hizo una pausa para sacarse el puro de la boca—. El Reino Unido no olvidará el sacrificio de Charlie. Y yo tampoco.

—Gracias, primer ministro —respondió Rose esforzándose por contener las lágrimas.

Churchill comenzó a volverse para salir, pero se detuvo.

—Señorita Teasdale...

—¿Sí, señor?

—Por favor, transmítale un mensaje a la operadora de la centralita. —Hizo un gesto con el puro en dirección a Margaret, que estaba transfiriendo una llamada—. Si la señora Churchill pregunta por mi paradero, infórmela, por favor, de que estoy descansando en mi habitación.

—Sí, primer ministro.

Churchill se tocó el sombrero y salió.

Rose, perpleja, se quedó escuchando el repiqueteo de sus pasos por la escalera parada junto al escritorio. «No se dirige a sus aposentos privados.» Había oído rumores según los cuales Churchill observaba los bombardeos de la Luftwaffe desde la azotea del edificio del Tesoro. «¿Qué verá esta noche? ¿Las partes de la ciudad que han quedado destruidas? ¿La cantidad de gente que ha muerto?»

Pese a la reputación que tenía Churchill de hombre firme e impulsivo, Rose pensaba que su preocupación por el pueblo británico era del todo sincera. Y que se trataba del líder adecuado para ayudar al mundo a sobrevivir a la agresión nazi. Inspirada

por su encuentro con el primer ministro, sacó una hoja de papel y la colocó en la máquina. En vez de hacer un descanso, estuvo trabajando hasta el amanecer.

Cuando acabó el turno, abandonó las salas de guerra subterráneas. En el exterior, los londinenses llevaban a cabo un ejercicio de resistencia al acometer sus labores diarias pese al rugido de los camiones de bomberos. Había humo en varias partes de la ciudad, pero la mayoría de los incendios parecían encontrarse cerca de los muelles del East End. Se subió al tren en la estación de metro de Westminster. Ya en el vagón, se recostó contra el asiento e intentó descansar, pero le dolía el estómago a causa del hambre. Como una tonta, se había saltado la cena y no había hecho una pausa para comer algo durante el turno. Tenía muchas ganas de desayunar con sus padres y, en especial, de contarles la breve conversación que había mantenido con el primer ministro, pues no pensaba que con ello fuera a violar la confidencialidad de la sala de guerra.

Al llegar a la estación de Bethnal Green, salió al andén y se sintió aliviada cuando vio que el refugio estaba intacto. Subió la escalera. En el exterior, el hedor a madera quemada y a gasolina inundó sus pulmones. La cercanía estridente de las sirenas de bomberos hizo que se le erizara el vello de la nuca. Aceleró el paso mientras avanzaba por Bethnal Green Road, pero la intensidad de las sirenas no hizo más que aumentar. Vio frente a ella que una multitud se había congregado cerca de su casa, en Pott Street. Se le hizo un nudo en el estómago. Echó a correr, se abrió paso a empujones entre las docenas de personas que se habían reunido en la esquina y descubrió que la zona estaba sellada por una brigada contra incendios. Los bomberos, con las caras cubiertas de una mezcla de sudor y hollín, rociaban con agua los restos de varios edificios.

—¡No! —Rose se abrió camino entre la gente parada en la acera—. ¡Déjenme pasar!

El Colmado Teasdale, incluyendo el piso superior, en el que vivían Rose y sus padres, se había convertido en una montaña humeante de ladrillo y madera chamuscada por lo que parecía el impacto directo de una bomba.

—¡Mamá! —gritó Rose—. ¡Papá!

Mientras se acercaba a las ruinas, alguien la sujetó por el brazo.

—No puede entrar ahí —le dijo un policía.

—¡Es mi casa! —chilló ella—. ¿Había alguien dentro?

—Están trabajando para averiguarlo —contestó el policía antes de soltarle el brazo—. No se acerque.

Rose se desplazó entre la multitud gritando el nombre de sus padres hasta que comenzó a arderle la garganta. Se encontró con varios vecinos; la mayoría de ellos habían pasado la noche en la estación de metro, pero ninguno había visto a sus padres. Al cabo de un rato cerraron las mangueras. Hicieron descender a un bombero que llevaba un arnés ligado a una soga por un agujero que conducía al sótano del colmado Teasdale. Unos minutos más tarde lo sacaron a la superficie; sostenía entre los brazos un cuerpo cubierto de cenizas, cuyas extremidades colgaban inertes. Un médico se acercó con rapidez, lo examinó y negó con la cabeza con gesto triste.

Usando todas sus fuerzas, Rose superó al policía que protegía el perímetro, salió disparada hacia el médico y cayó de rodillas. Pese a la gruesa capa de hollín que cubría el cuerpo, reconoció de inmediato a la mujer por su camisón y por su cabello largo.

—¡No! —gritó.

Una oleada de náusea le subió desde el estómago y sintió la necesidad de vomitar. Usando un dedo, apartó con suavidad la ceniza de los párpados de su madre. Puso la cabeza sobre el pecho silencioso de la mujer y comenzó a gemir. Cuando reunió la fuerza necesaria para volver a abrir los ojos, vio que dos bomberos extraían de entre los escombros el cuerpo sin vida de su padre.